



EL TOREO

SE PUBLICA TODOS LOS LUNES



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

SE SUSCRIBE

En las principales librerías de España, o dirigiéndose directamente al Administrador de este periódico, calle del Espíritu Santo, 18.—Madrid.
Teléfono núm. 1.419.

PRECIOS DE SUSCRIPCION (NO SE ADMITEN LIBRANZAS DE PRENSA)

MADRID Y PROVINCIAS.

Trimestre..... 2 pesetas.
Un año..... 8 »

EXTRANJERO.

Trimestre..... 5 francos.
Un año..... 15 »

ULTRAMAR.

Trimestre..... 1 peseta.
Año..... 3 »

NÚMEROS ATRASADOS

Del año corriente, cualquiera que sea su fecha. 25 céntimos.
De años anteriores..... 50 »

Teléfono núm. 1.419.

AÑO XX.

Madrid. — Lunes 27 de Noviembre de 1893

NÚM. 1.047.

JOSÉ JOAQUÍN PEIXINHO

La prensa del vecino reino de Portugal nos da la infausta nueva de haber dejado de existir en la madrugada del 10 de este mes, el más notable de los toreros portugueses, José Joaquín Peixinho.

Una enfermedad producida por una lesión cardíaca, complicada con una afección al hígado, es la que le condujo al sepulcro.

Ninguno de sus muchos admiradores pudo imaginarse que el 29 de Junio último, día en que fué á Setubal á tomar parte en una corrida á beneficio de la Asociación de pescadores de aquella ciudad, había de ser el último en que le tributaran sus aplausos.

¿Cómo iban á creer que el fuerte golpe que sufrió en la mano derecha, y que le imposibilitó para tomar parte en la que había de efectuarse en Julio con el mismo objeto, había de ser el postrimer adiós á la afición, y que aquella tarde había de ser la despedida del diestro lusitano?

Seguramente que ninguno de los que á ella concurrieron, ni ninguno de los muchos admiradores que en Portugal tenía este diestro, pudieron en manera alguna imaginárselo.

Pero por cima de las ilusiones y de los deseos están los hechos, y ante ellos no hay más que inclinar la cerviz.

Peixinho dejó de existir, y ante su tumba no queda otro recurso á los aficionados portugueses que acumular sobre ella algunas coronas y contar sus glorias en el coso.

Nació Peixinho en Lisboa el 29 de Octubre de 1853.

Hijo de uno de los toreros que figuraba como maestro en Portugal, y demostrando gran afición á la lidia de reses bravas, bien pronto mostró su vocación tomando parte en una corrida que se efectuó el 29 de Julio de 1866 en la plaza del Campo de Santa Ana.

En dicha corrida demostró sus buenas aptitudes para el arte á que trataba de dedicarse, así como que había tomado muy en cuenta las buenas lecciones de su maestro, razones por la que el público entusiasmado aplaudió con justicia su trabajo.

Con incansable celo y mostrando cada día más afición, fué progresando Peixinho, y bien pronto logró colocarse á la misma ó mayor altura de los toreros de su clase en su país.

En la suerte que más se distinguió fué en la de banderillas, la cual ejecutaba con

gran maestría, elegancia y precisión, cuadrando en la misma cabeza y saliendo de la suerte con extraordinaria gentileza.

En la suerte de capa mostró siempre grandes deseos de agradar á sus compatriotas, logrando conseguirlo en infinitas ocasiones en que entusiasmados con su trabajo le tributaron ovaciones que rayaron en frenesí.

Toreó Peixinho en todas las plazas de toros de Portugal, en Badajoz en 1881 y en 1885 en Sevilla.

El año pasado toreó en las dos primeras corridas de temporada en la nueva plaza de toros de Campo Pequeño, no pudiendo hacerlo en las restantes por efecto de la dolencia que ya venía padeciendo.

Este año, además de la corrida de que hablamos en un principio, tomó parte el 2 de Abril (inauguración de la temporada), 9 del mismo, 24 de Mayo y 4 de Julio en Campo Grande.

En esta última corrida, que fué á beneficio del caballero D. Manuel Casimiro, toreó exprofesamente para el público de Lisboa.

Fué Peixinho en vida, un ciudadano honrado, modelo de virtud, y siempre dispuesto á ejercer el bien en pro de sus semejantes.

Cuando alguna necesidad apremiante aquejaba á sus compatriotas, siempre se encontró dispuesto á exponer su vida ejerciendo su arriesgada profesión en pro del desvalido.

Por estas poderosas razones, á más de la de tener una educación esmerada, le hicieron, no obstante el mérito de su trabajo, que en todas partes fuera querido y respetado, dando con esto lugar á que su muerte haya sido muy sentida en todo Portugal.

¡Dios haya acogido en su seno el alma de José Joaquín Peixinho!

TOROS EN VALENCIA

Primera corrida á beneficio de la Casa-Cuna de esta capital, verificada el 12 de Noviembre de 1893.

A las tres en punto, y bajo la presidencia del alcalde Sr. Zabala, dió comienzo anteayer domingo la primera parte de la corrida organizada á beneficio de la Casa-Cuna del Hospital, viéndose llenos los tendidos de sol y con grandes vacíos las barreras y tendidos de sombra.

Doloroso es decirlo, pero la clase acomodada no ha respondido á este llamamiento de la caridad. Los palcos veíanse ocupados en su mayoría por distinguidas señoritas, y en el pabellón presidencial estaban las bellas presidentas que habían regalado las moñas, adornando la balconada los capotes de paseo de los cuatro matadores.

Retirados al callejón Espartero y Fabrilo con su gente, y en el ruedo el Gallo y Bonarillo con la suya, rompe plaza un hermoso toro de pelo cárdeno, gacho y delantero, que fué la joya de la tarde. Pertenecía á Núñez de Prado.

Ganoso de quimera y pegando con alma, tomó siete varas, casi todas de Fajardo, pues el Mochuelo y Olivares salieron de bulto. El resultado de la pelea fué morir un jaco y ganarse Fajardo dos vuelcos morrocotudos, uno de ellos peligroso, haciéndole el Gallo un gran quite con una larga hasta allá. Este mismo diestro cambió con el capote, pero de pie, á la salida del toro, oyendo merecidas palmas durante todo este tercio.

También Bonarillo se hizo aplaudir en dos ó tres quites, perfectamente terminados.

Molinero pasó á banderillas sin dejar llegar á los chicos, anticipándose, por lo que se vió apurado el Moyano en dos arrancadas violentas. Le faltaba la pareja, y además no estaba la Magdalena para tafetanes.

Así, que abandonando sus batimenes y floreos, clavó por el sistema rutinario un par un poco abierto, otro luego en la atmósfera, sacando un leve varetazo en una mano, y terminó dejando un palo en su sitio.

Blanquito, en su turno, clavó un par delantero y nada simétrico.

Gallo, con flamante traje morado y oro, larga su discurso á su presidenta, la marquesa de Campo-Salinas, en sustitución de la señorita doña María Mas-carós, y sale en busca del toro.

Este se encontraba con bastantes facultades, por lo que se rodeó el Gallo de percalinas y hubo bastante zaragata.

Encorvadito, despegado y sin parar, lo toreó de muleta con escaso lucimiento, liándose en algunos pases, pero se arrancó á herir desde buen terreno, y majándose menos que otras veces, agarró media estocada delantera y un poco atravesada, que fué lo bastante á salir del paso, después de cinco minutos, obteniendo palmas.

Zancajoso, de Benjumea, cuya antigüedad data del año 1878, fué un toro negro, girón, corniabierto, más chico, de menos libras y de muchos pies.

Ofician las cuadrillas de Espartero y Fabrilo con los picadores Badila, Cantares y Fajardo. El bicho se presenta un poco huído, pero los matadores consiguieron pararle un tanto, y creciendo en voluntad y arrancándose de largo y derrotando alto, tomó con poder y coraje ocho varas, por tres caídas á Fajardo y Cantares, muriendo un caballo.

El peor puyazo correspondió á Cantares, que lo puso en las costillas y fuera de ley; el mayor porrazo lo llevó Fajardo, y tanto Espartero como Fabrilo se hicieron aplaudir en los quites.

Valencia clavó un par algo caído y otro muy bueno de poder á poder. Julián uno buenísimo, pero de sobaquillo, ó sea á cabeza pasada, oyendo ambos merecidas palmas.

Espartero, de azul y oro, brindó á la señorita doña Amparo Gasó y fuése solito al toro, que se mostraba un tanto huído.

De cerca y confiado, empleó diez pases, entre los que anoté tres de pecho con preparación, algo despegados y no muy completos, para un pinchazo fuera de tiempo y saliendo por la cara.

Solo, como en la anterior faena, dió siete nuevos pases, sufriendo una colada peligrosa, para media estocada un tantico delantera y un algo ladeada, saliendo el diestro por delante, que produjo el derrame y dobló el bicho. El puntillero acabó la obra y Espartero escuchó muchas palmas.

Tiempo empleado, seis minutos.

El tercer regalo era de Lagartijo, y sin que ello sea ofender la generosidad del donante, diré que el cuatreno era el vivo retrato de la Cuarema.

Senguero, vaya un nombre, era flacucho hasta el punto de no presentar morrillo, y tenía cabeza suficiente para dos toros. De aquel esqueleto, que parecía una caricatura, sólo quedaban las orejas y los cuernos, que á más de tenerlos bien pronunciados, era muy ancho de cuna, luciendo ropaje negro, y estrelladito por mas señas.

Una estrella en la frente
tiene mi burra...

No digo que esto lo cantara el ganadero, pero sí resultó tal esta momia: voluntarioso, eso sí, pero hecho un requesón por lo blando y sin pizca de poder, tomó ocho varas y mató un caballo. Los piqueros se lo sacaban por delante con poco esfuerzo, y la presidencia se durmió en este tercio.

Fabrilo cambió al toro con el capote con bastante limpieza.

Pajalarga agarró un buen par de banderillas cuarteando, y otro un poco trasero, al relance, siendo muy breve en ambos pares y oyendo palmas.

Cayetánito lo escamó un tanto con dos viajes inútiles, clavando al fin un par caído.

Fabrilo, de negro y oro, brindó á su presidenta, la bella señorita Angeles del Solar, y se fué al toro, que se encontraba noble y boyante en los medios.

Solo completamente, y de cerca, comenzó á tantearlo con la derecha, y sin abusar tanto de esta mano, cual tiene por costumbre este diestro, intercaló algunos naturales, preparativos de otros dos de pecho algo ceñidos y desde entrambos pitones hasta el rabo, como deben ser estos pases, y una vez cuadrado el toro, metió el pie, precipitándose un tanto, señalando un buen pinchazo recibiendo, siendo empujado por el toro á causa de no vaciar lo suficiente ó por coger hueso, pero sin mover el pie derecho del terreno debido hasta que hirió.

Los buenos aticionados le prodigaron muchas y justas palmas por su arrojo.

Escamado el bicho con el pinchazo, se le huyó un tanto, pero el matador supo recogerlo con nuevos pases, y nuevamente cuadrado y cuando por segunda

vez iba á citarle, se le arrancó el toro sin darle tiempo para ello, saliendo muerto de sus manos de una estocada honda y un poco caída, pero aguantando á pie firme, faltando sólo el cite para completar la suerte de recibir.

Tras esto, en vez de dejar el toro á los peones, se le puso delante con la muleta y salió achuchado hasta los medios, donde pudo despegarse el toro, quien cayó patas arriba junto á las tablas, no oficiando el puntillero.

Ese defecto de no vaciarse los toros en las arrancadas y correr ante ellos con la muleta lo mismo que cualquier peón de brega, es defecto muy feo y que por un milagro no le ocasionó otro disgusto como el de Játiva.

Cuando el matador acaba de salir de la suerte, se deja el toro á los capotes. También las pataditas en los hocicos son ejercicios titiritescos tan de sobra como ridículos en un matador serio.

Las palmas que le prodigó el público, muy justas, aunque no tantas como se merecían sus faenas, pues practicó dos suertes que el *canguis* tiene desterradas del toreo.

Era el cuarto *Clarín*, de D. José Adalid, cuya ganadería corrió por vez primera en Madrid el año 1874, pero que dicen perdió su antigüedad por haber dejado de ser ganadero durante algunos años.

La ganadería podrá ser nueva, pero su toro no pareció sobrado viejo y del mismo tipo que los antiguos.

El elefante era negro, con muchas bragas, excelentes colmillos y algo caído del derecho.

El animalucho se conoce que era el fundador de la torada, y desde su salida hizo públicas demostraciones de buey de carreta.

De muchísimo poder, pero tan reservón como mal intencionado, se emplazó en los medios sin abandonar su trinchera tras los capotes y reculando siempre ante los caballos.

Fuego merecía irremisiblemente, pero debía evitarse tal espectáculo siendo un toro regalado, y presenciáramos otro cual no se vió jamás en plaza cerrada.

Los picadores salvaron el conflicto á costa de sus costillas. Aprovechando la salida del buey tras algún capote, le salían al encuentro á caballo levantado, embistiéndole, atropellándolo materialmente, y con esto y el mucho poder del animal, sacó rotas las narices un piquero y medio reventado el Fajardo, que se portó como un héroe.

Sobre media hora emplearon para meterle cinco puyas, con zambombazos de órdago y tres caballos hechos trizas.

En corrida ordinaria tampoco hubiera sido fogueteado este precioso buey, sino devuelto al corral, que era lo que procedía.

Algo y más que algo mejoró en el último tercio, dejándose torear bien de muleta y permitiendo entrar á herir en debida forma; pero las faenas de Bonarillo después de los dos primeros pinchazos fueron tan desdichadas, que de buena gana renunciáramos á describirlas.

Baste decir que en veinte minutos que duró aquello, dió el matador veintinueve pinchazos en todas las partes del toro, sin contar las puñaladas que le asestaron desde el callejón y burladeros.

¡Perdóneles la herejía el contratista de la carne y seale leve la mechadura!

RESUMEN

El mejor regalo, de Núñez Prado, y muy acertada la presidencia en no foguear al toro de Adalid. De los picadores, Fajardo, y regulares los banderilleros.

A los matadores se les entregó un diploma como recuerdo de gratitud del Hospital, siendo además obsequiados con otro regalo de las presidentas.

La temperatura, buena.

TEORÍAS.

TOROS EN ZARAGOZA.

Segunda corrida de feria, celebrada el 14 de Octubre de 1893.

Amaneció otro día hermosísimo, que convidaba á la fiesta, y que sin embargo en la taquilla hubo por la mañana menos animación que ayer.

Tampoco por las calles se ven tantos forasteros, y es sin duda, que el mal resultado de la primera corrida y lo poco que se espera de los toros de D. Vicente Martínez, que hoy se lidian, los ahuyentó de Zaragoza.

Lo preciso es ahora, que los de D. Vicente no hagan lo que sus hermanos lidiados esta temporada en Barcelona, y nos den mejor tarde que los bueyes de López Navarro.

A las dos, nos dirigimos al circo entre la confusión de tranvías y coches de todos gu-tos, con la animación y entusiasmo que siempre despierta una corrida al ir á presenciarla.

En el camino nos asedian los repartidores de anuncios y encontramos también el globo cautivo anunciador.

A Zaragoza le da ahora por los reclamos llamativos y raros.

Leemos en uno lo siguiente:

¡Quien no aplaude con furor
al espada sandunguero,
y no gasta con primor
las pastillas de ARCILLERO!
¡no es torero!

Más tarde, nos entregan otro, también en verso, que dice:

«No os llaméis á escama
si os sueltan cada día una camama.
Es preciso que vengan los ginetes
á mi inmenso Bazar de los juguetes
y allí que monten pencos de cartón,
de los muchos que tengo en el Ciclón.
Así no se harán tanto los tumbones
y gozarán de sendos coscorrones.»

Distraemos el tiempo con las broncas y los aplausos de los del tendido, hasta que, á las dos y media, don Justo Almerje se posesiona en el palco presidencial, y nosotros entregamos los trastos de hacer revistas á nuestro amigo, el inteligente escritor madrileño don Leopoldo Vázquez, que con una amabilidad sin límites, viene hoy á descansarnos de esa tarea y á dar á nuestros lectores una revista bastante mejor que la que nosotros pudiéramos hacerles.

CHAQUETILLA.

Equivocado anda mi distinguido Chaquetilla al creer que los lectores de *El Toreo Zaragozano* van á ganar con que me haya encargado de reseñar la segunda corrida de las tres organizadas para estos días por la empresa del circo taurino.

Y á la prueba remito á los lectores en las siguientes líneas con que cumplo á medias el cometido, puesto que en ellas no hago más que transcribir unos telegramas del otro barrio, en que cada uno de los seis de D. Vicente, me dan cuenta de su paso por el redondel del circo taurino.

Y consignado esto, allá va la reseña telefónica recibida.

Enérage para el otro barrio.

A las 2—52.

Me bautizaron allá en mis primeros meses con el nombre de *Sevillano*, y eso que nací en el corazón de Colmenar el Viejo.

Ostenté toda mi vida traje berrendo en colorado, y bien puesto de alfileres.

Me señalaron con el núm. 28.

No estaba mal de carnes.

Transportado á la tierra de la Pilarica, que es la mejor del globo por todos conceptos, me encerraron en un calabozo donde permanecí unas horas.

Luego me pusieron en libertad y salí á un redondel muy grande, donde había unos cuantos hombres ginetes los menos, á pie los más, luciendo todos trajes de muchas luces.

Me colé de primera intención á Trigo, desmontándole.

Un tal Moreno me hizo una sangría, y me vengué tumbándole.

Trigo volvió á meterme el palo, y después cuando se puso de nuevo ante mi vista volví la cara.

Obligado unas veces y otras porque sí, sufrí de los referidos hasta seis puyazos sin más que tumbarles una vez y dejar un penco para el arrastre y otro en mal estado.

Un muchacho, no muy niño, á quien llamaban sus compañeros Julián, me soltó un par de banderillas bastante desigual.

Su compañero, llamado Malaver, me largó en la propia forma un palo suelto.

Repitió el primero con medio par sesgando.

El Espartero, que lucía uniforme azul con golpes de oro, me largó con un trapo rojo, siempre cerca, hasta ocho pases (dos de pecho, uno cambiado, dos con la mano derecha y tres altos) y luego me largó una estocada corta al volapié, saliendo achuchado porque le corté el terreno.

Dió luego tres pases y al volapié, según dijeron, me largó una corta en buen sitio, para ellos, que para mí fué de los peores, pues me hizo daño y me dejó cass sin fuerzas.

Varios pases más, me largó un gran sopapo-mugi y...

ABURES.

Desde el valle de las Pepas

3 y 18.

Llamábanme *Coralito*.

Ostenté el núm. 43.

Fuí colorado, girón, rabicano, ojinegro, bragado y bien puesto.

Me colé al callejón buscando la dehesa hasta dos veces.

Y me declaré buey.

Luego topé con Beao, cogiéndole descuidado, y le reventé sin querer el rocínante.

Y volví á tomar las de Villadiego, huyendo hasta de mi sombra.

Pegote me hizo una sangría y yo bueyendo, bueyendo.

Me arrimé á Beao, lo tumbé y reventé el jaco.

Oí nombrar Trigo, creí que me lo daban y me topé con una sangría de un picador así llamado.

Luego me pincharon Pegote y Beao, una vez por barba, y derribé al segundo.

Y yo buey y más buey.

Convencido el presidente, ordenó que me pusieran palos fríos Almendro y Mojino.

Almendro me soltó un buen par al cuarteo.

Mojino, después de una salida por no acudir á su llamamiento, me colgó un buen par al sesgo.

Almendro puso un par más y á otra cosa.

Guerrita, de azul con oro y cabos rojos, se acercó á mí á las tres y doce, según un reloj de Colmenar, con un trapo rojo y una espada.

Conocí la intención y sólo á fuerza de ruegos y taparme los viajes, acepté dos pases altos, uno con la derecha y uno cambiado, y cuando estaba pensando en el porvenir, algo humillado y no mi y igualado, se vino á mí, y me largó una estocada al volapié un poco ida, dejando la bandera en los cuernos.

Seguí pensando en la inmortalidad de los bueyes, en mi amo, y ¡pum! por poco si me descabellaba.

¡Vuelta á pensar y... ¡cataplúm!

(Concluirá.)

TOROS EN SANTANDER.

Tercera corrida verificada el día 21 de Agosto de 1893.

(Conclusión.)

Salió el segundo, negro, bragado, pequeño, bien armado y astillado del derecho.

También fué bravo y noble, aunque no tanto como el anterior.

Se distinguió, sin embargo, por lo codicioso.

Los *ecuyeres* dieron motivo para que el Presidente les hubiera mandado deportados á Fernando Póo.

¡Qué modo de entregar las acémilas!

A Trigo se le coló el toro por detrás y abandonó el caballo, del cual no se despegó en media hora, costándole un triunfo al Espartero sacarlo con el capote.

¡Quedó el caballo en la pista de tal modo reformado, que parecía un arenque rebozado!

Zafra le picó una vez, perdiendo la patente.

Campillo entregó el arre sin picar.

Vió al toro venir bufando hacia él con mucho p so, desde lejos arrancando, y dijo entonces Fernando: —¡Ahí queda eso!

La verdad es, que cuando uno no quiere, dos no riñen.

Y lo mismo le sucedió á Lavega, que parece un Arsenio Dou á caballo.

Le impresionó tanto ver arrancarse al toro desde lejos con ímpetu, que volvió grupas á todo correr, y no sabiendo ya dónde agarrarse para buscar su salvación, creyendo que el toro le seguía, se agarró á la cabeza de Campillo, que estaba á pie cerca de la barrera, y le hizo caer al suelo.

¡Tan espantado iba el hombre, que en su acelerada huida, la cabeza de Campillo tomó por un salva-vidas!

Después de eso, Campillo perdió el elefante en otra embestida de la res, declarándose también en fuga.

Y se queda el toro sin castigo, si no es por Cantares, que le puso una vara superior, seguida de otras dos buenas, cayendo en la última.

Oyó por su valentía los aplausos populares, y una muchacha decía: —¡Esos son otros cantares!

El toro se quedó en palos.

Antolín le puso un par pasado, al cuarteo, y luego otro *idem*.

Valencia otro regular, teniendo que meterse en la cuna, y después otro al relance.

Dadas las condiciones del toro en este tercio, estuvieron bien ambos á dos.

Hizo Lavín la señal, y otra vez salió Espartero, el torero, no el valiente general.

Y despachó en menos tiempo que se persigna un cura loco.

Trasteó bonitamente de cabeza á rabo, y así que cuadró á la res... ¡cataplúm! se tiró con mucha valentía, dejando una estocada hasta los gabilanes, contraria de puro meterse, y saliendo casi enganchado por la pechera.

¡La ovación tan grande fué á ese torero de raza, que yo me temí que se viniera abajo la plaza; y tanto es que yo creí que eran los peligros ciertos, que á los palcos me volví con los dos brazos abiertos, con la intención buena y sana, que á cualquiera le acomete, de coger á una b rbiiana que estaba en el treinta y siete!

El tercero era un toro bonito de verdad, cárdeno, bragado, bien armado, fino de pelo y con trazas de ser un toro bravo.

Pero nos dió el camelo hache.

Sin contar con una de refilón, tomó cinco varas, dando un batacazo á uno de los Longinos y dejando exánime en la pista una mariposa blanca que parecía una bola de nieve.

Blanquito (para que todo fuera blanco) puso un bonito par á favor de un capote, porque el toro estaba quedado.

Garroche colocó otro par con fatigas.

Y el primero fué á repetir con otro, pero al meter los brazos se encontró con que el toro se había ido al Sardinero.

Salió don Manuel García, y se halló con una fiera que en tablas se defendía, y buscaba la manera de causarle una avería en el sitio que pudiera.

Así es que le hizo sudar al Espartero la gota gorda. Le toreó al principio científicamente, vamos al decir.

Se le aplaudió un pase de pecho obligado en una arrancada traidora de la res.

Viéndose comprometido á cada momento, porque el cárdeno le buscaba el bulto con ganas de cogerle, le hizo el matador, en medio de una larga faena, las siguientes operaciones quirúrgicas:

Un buen pinchazo desde lejos.

Una estocada baja al lado contrario, tirándose cuando el toro tenía el hocico en la arena, lo cual no debe repetir muchas veces porque es muy expuesto. Así es que salió de la suerte volviendo la cara y toda la figura.

Otro pinchazo.

Una estocada baja, atravesada y perpendicular.

—Aún pudo ser peor—dijo uno allí.

—¿Cómo peor?

—Lo pruebo en un segundo.

¡Agarrando el estoque por la punta y metiéndole todo por el puño!

Fin del drama: media estocada buena.

Intentó el descabello después, tocándole algo en la médula.

El puntillero acertó al primer golpe.

Y el Espartero fué muy aplaudido porque estuvo valiente y decidido.

Negro, bien puesto, bragado y fino de armas fué el cuarto, de Ibarra, que salió del chiquero.

Varas sin castigar al toro, once.

En una de ellas cayó al suelo Lavega, y el caballo salió de estampía desnudo del todo, y dando una vuelta al redondel se dirigió á la fiera, que huyó al ver que se le venía encima.

Como le creyó difunto, de sus cuernos al vigor, diría, al verle delante:

—¡Cielos, el Comendador!

El toro derribó dos veces á los lanceros.

Un caballo blanco que llevaban al Hospital de sangre los monos, cayó en la misma puerta de salida, y allí estuvo de cuerpo presente sin blandones ni nada.

Ejerció su regia prerrogativa el alcalde del rey, y se cambió la suerte.

Julian puso sólo un palo á la media vuelta... ¡malol! El Mellao colocó un par lo mismo, por no variar.

Salió otra vez el primero, haciéndose un lío con el toro junto á las tablas.

—Así me gustan los hombres— exclamó una de ojos negros, — que en lugar de poner palos, vayan y se pongan ellos.

El Mellao terminó con otro par, también á la media vuelta.

Se encontró Maoliyo con un toro descompuesto y de más sentido aún que el anterior.

A los primeros pases de baile inglés se cayó el toro y empezó á arrastrarse por el suelo, sin poderse levantar.

Pero así que se le pasó el calambre, se levantó.

No paraba un momento, y tenía la cabeza en las nubes por falta de castigo.

Manuel le dió un pinchazo en hueso.

¡Gran ovación!

Pero no al Espartero; á la *Bella Chiquita*, que se presentó con su mamá en el palco núm. 64.

Lucía la *Chiquita* mantilla blanca, con flores en el pelo rubio, que gasta; y estaba tan hermosa, con tal ropaje, ¡que nos emocionamos todos los padres!

—¡Que baile la danza del vientre!—gritaban muchos espectadores.

Era poco oportuna la exigencia, y ella se sonreía con salero, como diciendo allí á la concurrencia:

—¡Pues ya la está bailando el Espartero!

En efecto, se traía Manolo una danza que ni la de la *Bella Chiquita*.

Al fin se puso en suerte el Espartero, lió la muleta, y resultó... ¡vaya una cosa bonita, y salerosa, y sublime, y...!

—¿La estocada?

—¡Qué estocada ni qué niño muerto; si fué un golletazo furibundo!

—¿Pues qué era lo bonito?

—¡No sea usted zoquete!

¡Aquella chica guapa del palco treinta y siete!

Salió el quinto, que tenía una estampa superior y era colorado claro, ojinegro, cornigacho, de libras y buen mozo.

Como al salir cojeaba algo de una pata, los de Villamelón armaron trapisonda para que se le pusiera sustituto.

Hasta la modista Paca

exclamó al ver el burel:

—¡Calla! ¿Tiene la *Cívica*?

¡Pues á las Caldas con él!

Y no cesó la gritería hasta que se vió que era un toro bravo, aunque de poco poder, y que no corneaba con la pata.

A Cantares le echó á las tablas haciendo salir al caballo á todo galope para Extremadura.

Campillo, sacando mucho palo y entrando terciado siempre, puso tres varas, que parecían tres kilómetros.

Lavega, por el mismo sistema que el anterior, pinchó cinco veces.

Para hacer tales primores y marrullerías tales, dejen de ser pica-tores y métanse á conc-jales.

Trigo puso una vara y se mamó un batacazo en seco que hizo trepidar el piso hasta el Cabo de Finisterre.

Tan tremendo el golpe fué,

que le dijo allí un amigo:

—¡Ahora sí que ya es usted

Trigo molido!

Cantares puso una vara superior, para que hubiera algo bueno.

Valencia, que lucía un traje color salmón viudo, puso un par desigual, pero metiéndose bien, y después otro de los regulares.

Antolín, que vestía un terno color merluza romántica, dejó otro par bueno cuarteando.

El Espartero empezó pasando bien, porque el toro estaba noble, pero luego se puso en defensa y derramaba la vista.

Manuel se lo quitó de delante con un pinchazo en hueso, yendo á parar el estoque á Puerto Chico, y de una gran estocada, tirándose desde lejos y saliendo cogido casi.

El puntillero le acertó á la primera, tirándole la puntilla. (Aplausos)

Una flamenca de Guarnizo cantó esta *petenera*:

¡Cien años después de muerto
y de gusanos comió,
dirán los huesos del toro
que es un barbián Manolillo!

El sexto fué un toro pequeño, pero fino y de bonita estampa.

Era negro, listón, y bien armado.

Seis varas y dos coladas aparte, fueron su faena en el primer tercio.

Le adornaron: Garroche, con dos pares cuarteando, el Blanquito con medio al sesgo.

Y Manolo, que ayer tenía mucha prisa, como ahora, previos muy pocos pases, acabó con la res á media estocada, que resultó superior.

¡Olé don Manuel García (a) el Espartero!

Si García está aquí, que preludie real la guitarra una jota navarra, porque es un barbián.

RESUMEN

¡Fué bueno el ganado, pero muy superior el primero! Cantares fué el picador á palmas acreedor... ¡Todos, excepto Cantares, que piquen... piedras sillares! Los banderilleros, ná, ni chicha ni limoná. El Espartero, valiente y con arte mayormente. La presidencia, tal cual, es decir, ni bien ni mal. El servicio ecuestre, bien, y el de la plaza también. La empresa en todo ha cumplido lo que había prometido. Pero si soy presidente la multo severamente. Porque hay cosas en qué engañado el pueblo fué. Se le ofreció, en español, localidades de sol. ¡Y todos hemos notado que estuvo el cielo nublado! Aún me resta que añadir algo para concluir: ¡Que tengo el culete yermo, lector, porque estoy enfermo!

Caballos, 9 por los toros y 4 por la puntilla, que se la dieron estando heridos; por no tener Jarete camillero para llevarlos á Bilbao con los 15 que le sobraron.

La entrada, para perder unos cuantos miles de pesetas.

PEPE.



Madrid.—La novillada anunciada para ayer, y que no pudo efectuarse el domingo anterior por causa del tiempo, tuvo también que suspenderse ayer tarde, á las dos y quince, cuando ya muchos espectadores llegábamos á la plaza, y cuando dentro de ella se encontraban la mayor parte de los diestros que en la misma habían de tomar parte.

La crudeza del tiempo fué la causa de que la empresa la suspendiera, dejándola para el próximo domingo, y con el mismo cartel, si es que la inclemencia del tiempo no la vuelve á impedir.

Argel.—Han sido contratados para las dos corridas que se han de celebrar en la capital de Africa francesa en los días 7 y 14 del próximo mes de Enero, los matadores Luis Mazzantini y Enrique Santos (*Tortero*).

Los toros que han de lidiarse son: seis de don Enrique Salamanca, tres de Trespalacios, y tres de D. Luis Mazzantini y Eguía.

Gijón.—Para las novilladas que han de efectuarse en esta plaza, se han hecho proposiciones al valiente matador de novillos Saturnino Arasáez.

Fabrilo.—Para las dos corridas de toros que tendrán lugar en Argel en los días 3 y 10 de próximo mes de Diciembre, ha sido ajustado el matador de toros Julio Aparici (*Fabrilo*), que llevará en su compañía otro medio espada, que estoqueará los últimos toros.

El ganado que en estas corridas se lidiará, será de los Sres. Flores, vecinos de Peñascosa.

Múrcia.—La corrida que se había anunciado se verificaría en esta capital á beneficio de los heridos de Melilla, ya no se efectuará, por haberse negado la Hacienda á perdonar el importe de la contribución.

MADRID: Imprenta de EL TORO, Espirita Santa, 19. TELEFONO 1.018.